

LAS RUINAS DE YUCATAN Y LOS VIAJEROS.

ESTUDIO HISTORICO.

MI AMIGO EL GENERAL PEDRO BARANDA.

ARTICULO PRIMERO.

Es un hecho complejo y que ha provocado el exámen y la meditacion del historiador filósofo, el de la existencia de grandes monumentos arquitectónicos, diseminados sobre una vasta superficie del suelo yucateco.

La arquitectura, que ha realizado el ideal de lo bello en la construccion, ostenta su magnificencia en aquellos espléndidos edificios, obra de un pueblo oscuro en su origen, grande al pasar sobre la tierra, y en cuya historia no arroja todavía un rayo de luz el estudio concienzudo de la etnografía.

Sin embargo, es un hecho que existen allí los monumentos del arte que remedan los del antiguo Egipto por su esplendidez, y los de la culta Grecia por la delicadeza y gracia de los contornos. Nos quedan como el epitafio de una nacion que ha desaparecido, legando á la posteridad su nombre, que como un eco repiten esas vastas soledades donde el viajero contempla y admira.

El silencio y la soledad se pasean en torno de estos monumentos que el lapso de

los siglos ha abatido. Ruinas altivas; historia de un pueblo escrita con caracteres de piedra; ayer magníficas ciudades, hoy cadáver que amortaja la yedra y la vegetacion tropical. Humilladas en medio del choque de las generaciones que se han sucedido, presentan solo al investigador un inmenso geroglífico que apenas ilustra la debil luz del exámen.

Vagarémos tambien buscando su historia en aquellos tiempos de remota antigüedad, en que plugo á los primeros investigadores colocarla, pero sin presumir un resultado satisfactorio de antemano, porque despues de tantas evoluciones históricas, no ha sido posible levantar el velo que cubre esos misteriosos edificios. Su historia guarda una analogía estricta con varias de sus construcciones arquitectónicas, cerradas por todas partes á la entrada de los profanos para no mancillar los secretos del templo ó del hogar. No serémos nosotros los que vengamos á despejar á las ruinas del sudario en que están arropadas hace ya el período de muchos siglos.

Ne crains pas cependant, ombre encore inquiète,
Que je viens outrager ta majesté muette.

La sombra de una grandeza abatida ha inspirado los anteriores versos á un poeta contemporáneo, que el mundo conoce por la armonía de su lira y por su sublime ternura.

La ciencia histórica ha caminado mas léjos al inquirir el origen de la raza que levantó aquellos magníficos monumentos; pero la etnogonía se pierde en vagas conjeturas que ilustran la razon, es cierto, pero que hasta hoy no conducen á una solucion clara y positiva.

Cristóbal Colon dió al viejo mundo un nuevo continente, aunque mas tarde Américo Vespucio hubiese usurpado la gloria de que llevase su nombre. Antes de este acontecimiento trascendental, que puede llamarse el supremo milagro del navegante genoves, y que cambió la faz política y mercantil del globo, nada hay que confirme la aseveracion de que otros viajeros en épocas anteriores hubiesen visitado este continente. Las apócrifas predicaciones de Santo Tomás el apóstol en la parte donde hoy se extiende el dilatado imperio del Brasil, no son mas que anécdotas legendarias, como las supuestas predicaciones colocadas en los labios de Ah-Na-Puc-Tun y Chilan-Balam, sacerdotes mayas, profetizando la predicacion de la ley evangélica y la próxima venida de unos huéspedes barbudos del Oriente, que traerian consigo el símbolo de la cruz que habia iluminado el orbe. Todavía mas se decia: que aquellos sacerdotes en tiempo de su gentilidad habian preconizado la cruz; que esta fué adorada por los aborígenes, y que como símbolo de esta verdad se habia encontrado en la isla de Cozumel una cruz esculpida con la imágen del Cristo Redentor. A las claras se ve el espíritu que ha

animado esta leyenda. Es el mismo que inspiró mas tarde las apariciones milagrosas, que inculcadas á la masa de los indígenas, los preparó fácilmente á su conversion. Los franciscanos de aquella época, que formaban un elemento de conquista, reflexionaron y reflexionaron bien, que haciendo fulgurar la idea de la cruz sobre la conciencia del indio inculto y fanático, el pensamiento religioso, que era una arma tan poderosa como el sable á principios del siglo XVI, y que ellos lo simbolizaban bajo la imágen de la cruz, se infiltraria fácilmente en el espíritu de la raza conquistada, sin que en aquella metamorfosis religiosa hubiese ninguna violencia, pues que se hacia comprender al indio que no era otra religion sino la misma predicada de antemano en la ley de sus profetas. Es verdad que mas tarde dieron principio las persecuciones y los autos de fé, que concluyeron con el idolismo de los conquistados. ¡Vana tarea por cierto la de destruir los ídolos indígenas, si debia empezar el culto idolátrico de las imágenes que les presentaba el conquistador!

Un estudio especial se ha hecho para investigar el origen de los pueblos que fundaron primitivamente la gran familia americana. Algunos han visto en la tradicion, en los monumentos, en las costumbres, en los sistemas astronómicos y religiosos y en el exámen comparado de varios idiomas, la invasion de naciones asiáticas atravesando el estrecho de Berhing. La audacia que condujo á los escandinavos del siglo IX al descubrimiento de la Islandia, hizo nacer la hipótesis de sus correrías marinas en las aguas de la Groenlandia. La paleontología dió mas tarde el resultado del descubrimiento de unos fósiles, semejantes en el perfil á los árabes y judíos, y tipos en todo análogos á los que

se encuentran en los antiguos monumentos de Nínive y Tébas. De allí la ficción de las diez tribus de Israel cautivas en su país por el rey Salmanazar y pasando después á este Continente. Esto constituye el magnífico sistema del vizconde de Kingsborough, juicioso exámen sobre las emigraciones asiáticas, pero que por lo hipotético no ha encontrado muchos adeptos.

Los historiadores al hacer estas investigaciones se pierden en un dédalo de conjeturas. Pero hay un hecho que está al abrigo de toda duda, cual es el de las constantes emigraciones de los pueblos que habitaban el Norte del nuevo Continente; pueblos que mas tarde se desbordaron sobre las fértiles comarcas del centro y del Sur, huyendo de las persecuciones de enemigos victoriosos, ó buscando tal vez ricas campiñas, una naturaleza ménos adusta y un clima mas benigno, como los pueblos bárbaros del Norte de la Europa, que salieron de sus páramos de hielo, para venir á sentar sus tiendas en los risueños valles del Sur y sobre las ruinas del imperio romano que ellos acababan de destruir.

La meseta de Anáhuac ofrecía á los ojos de aquellos pueblos un oasis de bendición. Era para ellos la tierra prometida que con sus encantos habia de dulcificar las amarguras del ostracismo. Así que, buscaron un amigo albergue en medio de sus valles y de sus frescas selvas.

El pueblo tolteca, que fué el primero en llegar, sufrió una serie dilatada de infortunios. Las enfermedades, el hambre con sus horrores, las guerras con los señores circunvecinos, tal fué el pasto de este pueblo después de cuatro siglos de bienandanza. Estas calamidades les abrieron de nuevo el camino de la proscripción. Entónces fué cuando la península de Yucatan fué invadida por este nuevo pueblo. Este he-

cho marcó una era de civilizaci6n en su modo de ser. El tipo de que se revistió la raza peninsular, muestra tal grado de cultura, que bien puede equipararse su civilizaci6n á los pueblos mas adelantados de este continente, y por su progreso en las artes liberales adquirieron sobre ellos un grado de superioridad muy notable, guardando varios puntos de comparaci6n y de contacto con esa raza cicl6pea que fundió en piedras las elucubraciones del ingenio humano, y que han pasado á la posteridad bajo los graníticos nombres de Palmira y de Karnak, Ménfis y Tébas, el Partenon y Pœstum.

Por una progresi6n descendente, y sin perder el análisis lógico de los hechos, hemos llegado ya á los monumentos, objeto primordial de nuestro estudio. Hemos investigado primero el origen de los pueblos que fundaron la familia americana. En seguida hemos presentado el cuadro histórico de las emigraciones de los pueblos del Norte, buscando en el centro y el Sur de la mesa de Anáhuac un refugio contra el ardor bélico y el coraje de sus perseguidores. Mas tarde hemos visto á este mismo pueblo, imágen del pueblo judío, en perpetua peregrinaci6n, refugiándose en Guatemala y en la península de Yucatan, tierra en algunos puntos árida y caliente, y que por lo mismo no ofrecía el cebo de la codicia á los otros pueblos perseguidores.

Hasta aquí la historia anterior á los tiempos de la invasi6n y conquista de los españoles. Después, Col6n el descubridor. Detrás de Col6n aparece la histórica figura de Cortés el conquistador de México, y la del adelantado Montejo, conquistador de la península de Yucatan.

Es indispensable remontarnos á aquellos tiempos en que el espíritu de conquista acabó por avasallar á los antiguos se-

ñores del país. Aquella cruzada, digámoslo así, que estaba simbolizada por el dualismo sexual de la espada y la cruz, no iba al rescate de un sepulcro santo, como dócilmente caminaban los aventureros de los siglos XII y XIII, á quienes movían como autómatas los rayos de la ira de Inocencio III fulminados contra la raza musulímica. No era eso lo que quería; buscaba ensanchar los dominios de su señor, pero poniéndoles de contrapeso la civilizaci6n del siglo XVI. Mas al sentar los piés en aquella tierra; cuando clavó en la arena de la playa el emblema de sus creencias, se encontró con otro pueblo bastante civilizado, que debajo de un mosaico de plumas que ocultaba su piel, ardía la lava de una inteligencia superior que habia levantado tantos monumentos al arte.

El conquistador estaba sorprendido. Ahora, qué haya pensado acerca de aquellos edificios que arguyen en favor de una civilizaci6n ab6rigen. ¿Cuál ha sido el juicio de los historiadores de aquellos tiem-

pós? ¿Qué revelan los manuscritos indios; qué sus pinturas, qué la tradici6n? ¿Cuál es el espíritu de la raza indígena, que al vagar en derredor de sus *Xlab-pak*, como ellos llaman á las ruinas, guardan un profundo silencio semejante al que reina en aquellos edificios? Y por último, ¿cuál es el juicio analítico de los diferentes viajeros contemporáneos, al entrar en el exámen de las generaciones que nos legaron aquel lujo de arquitectura? Todo esto será el objeto de estudios ulteriores. Por ahora nos contentamos con una página que sirva como de proemio á nuestros trabajos sobre aquellos espléndidos monumentos, en medio de los cuales también hemos vagado hace algunos años, silenciosos, humillados por el pasado, abrumados por un eterno misterio, sin una ráfaga de luz que iluminase nuestro camino, leyendo en cada piedra una historia escrita por la mano del arte, pero hasta hoy indescifrable por el severo exámen de la filosofía.

ARTICULO SEGUNDO.

Los primeros combates de los antiguos mayas con los conquistadores españoles, mas que una historia forman una brillante epopeya, digna de ser celebrada por una musa épica. El espíritu de independencia inspiró á la raza conquistada rasgos sublimes de abnegaci6n, que retardó por mucho tiempo la adquisici6n de la península yucateca. El mismo espíritu de libertad que animó á sus progenitores, se ha despertado actualmente entre los descendientes de una raza que se esfuerza en reconquistar lo que juzga una heredad suya.

Veintitres años de lucha ha que desplega sus instintos de crueldad, pretendiendo destruir todos los elementos que la civilizaci6n habia acumulado en la evolucion histórica de tres siglos.

Por algunos momentos aun cubrimos con un denso velo esos charcos de sangre de que está cuajada la tierra de Yucatan, como resultado de las recientes luchas. De pronto aun apartamos la idea de homogeneidad entre los bárbaros de hoy y los primitivos habitantes del país, para asistir á las gloriosas peleas de esa raza llena entónces de

nobles sacrificios, deseando conservar los tesoros que le legaron sus padres, contrastando con la sed de exterminio y desolacion que es el tipo característico de la generacion indígena actual. Raza dos veces conquistada; dos veces triunfando, hasta que una tercera conquista vino á imponer sobre ella el sello de la dominacion.

Un pueblo es tanto mas amigo de su libertad, cuanto mas avanzado está en el camino de la civilizacion. Un pueblo se doblega mas á los instintos de crueldad y de destruccion, mientras mas degradado y envilecido se encuentra. De aquí nacen los dos caracteres distintivos de las luchas que sostuvieron los primitivos habitantes de Yucatan con los conquistadores, y la guerra desoladora que hoy hacen sus descendientes contra la raza blanca que trata de exterminar. En aquellos remotos tiempos era un pueblo que con ayuda de una civilizacion aborígen, conservaba su espíritu independiente y protestaba toda vez que nuevos señores querian arrancarle su antigua autonomía. Su causa era una causa justa. Peleaba por su libertad, que era un legado de sus padres. En nuestros dias es una raza degradada ya por tres siglos de abyeccion; no tiene ni memoria remota de la cultura de sus antecesores, y si conserva algo del espíritu independiente del indio primitivo, mas bien lo tiene como un instinto que como una conviccion. Al despertar de un prolongado sueño de tres centurias, traia consigo el encono que logró acumular en la evolucion histórica de su esclavitud, para desplegar esos instintos de barbarie y de crueldad que desconocieron sus progenitores, y á los cuales solo la civilizacion y el patriotismo de nuestros dias ha podido interponerles un dique poderoso.

Los sucesos de aquellos tiempos están relatados por historiadores que tenían la

doble mision de combatir é historiar los sucesos de que eran testigos presenciales y ejecutores tambien.

La lucha armada asumió la atencion general. Un palmo de terreno conquistado por las armas, era un palmo de terreno que tambien conquistaba la cruz. Detras del soldado español, marchaba el fraile franciscano. Los unos destruian las instituciones indígenas para sustituirlas con sus propias instituciones; los otros echaban por tierra los cimientos de la idolatría, para plantear las doctrinas del cristianismo. Preocupados los historiadores de entonces con los dos elementos político y religioso, en que ellos mismos jugaban un papel importante, bien poco se ocuparon de inquirir los orígenes de un pueblo que tan marcadas pruebas habia dado de civilizacion. Los conquistadores abrigaban una mira, sojuzgar al pueblo invadido; los misioneros tenían la suya, doctrinarlo, alimentarlo con la mies sagrada; los historiadores tenían la mision de contar á la posteridad los medios de que se valieron, las resistencias que encontraron y el triunfo de aquella doble cruzada, que coronó la obra de su dominacion en la tierra de los mayas.

Cuando los conquistadores penetraron en la que entonces se llamaba provincia de Yucatan, se sorprendieron de encontrar edificios de exquisita solidez en el corazon mismo del país. En ellos no vieron, sin embargo, las riquezas del gusto arquitectónico, sino la aptitud para una defensa formidable, caso de invasion, por parte de los hijos de la comarca. Las ruinas de Chichen-Itzá fueron habitadas por los conquistadores como un baluarte. Estas ruinas eran las reliquias estupendas de un señor poderoso, que con los señores de Uxmal y Mayapan, levantaron el arte mayo al apogeo de su gloria. Cuando la lucha

se empeñó entre aquellos grandes señores, nacida de la sed de dominio, que generalmente propende á la absorcion de vecinas nacionalidades; cuando sus mismos pueblos, cansados de aquella eterna dominacion, hicieron una protesta armada contra los opresores de sus libertades, entonces aquellas ciudades populosas cayeron abrumadas bajo los golpes de las reyertas civiles, para no levantarse sino despues de muchos siglos, auxiliadas por la investigacion y el arte, que con asombro de él mismo les ha cedido un lugar preferente en la historia.

En las ruinas de Chichen-Itzá, encontró el hijo del adelantado Montejó su *Noche Triste*, como la de Hernán Cortés al abandonar la imperial ciudad de México. El indio yucateco se mostró tenaz para desalojar al conquistador español, de aquellos edificios. Lucha tras lucha, combate tras combate, no parecia sino que los mayas de entonces estaban poseidos del espíritu de sus mayores, y que los manes de estos evocados por aquellos silenciosos monumentos, descendian para aconsejarles mas perseverancia y nuevos sacrificios. Por entonces triunfaron. La estrategia y la sagacidad de los españoles los libertó de su total aniquilamiento; mas siempre abandonaron las ruinas de Chichen-Itzá. ¡Cosa admirable! Por un juguete del destino, aquella ciudad que era el testimonio de la omnipotencia indígena, en decadencia ya, habia sido escogida por el conquistador como un antemural contra la invasion de la raza conquistada, y como el principio de una era que habia de traer á los sojuzgados nuevas leyes y nuevos señores.

Operada la reaccion en el ánimo de los conquistadores despues de su derrota, la conquista de Yucatan se realizó despues sin grandes obstáculos; pero su mansion

por algunos dias entre las ruinas de la antigua ciudad de Chichen-Itzá, está señalada por la doble celebridad de presentarse por un lado el espectáculo de los monumentos del arte yucateco, y por el otro el de una de las acciones mas reñidas, en que el valor castellano tuvo que ceder al ímpetu de los conquistados.

Dueños los españoles de toda la comarca yucateca; cuando pudieron sin las asechanzas de sus enemigos pasearse en los límites del país recientemente conquistado; reflexionando con ese reposo que algunas veces es la consecuencia de la victoria, fijaron los ojos con admiracion en las soberbias ruinas de que estaba sembrada la península.

Habian caido los Tutul-Xins y los Comomes, señores autoritarios de aquellas regiones, pero quedaban en pié los monumentos de su omnipotencia, como un reto á los tiempos que aun no pueden destruirlo. Centinelas avanzados de otras edades que se han hundido en la vorágine del pasado, su sombra se proyecta sobre esas generaciones titánicas, que no quisieron desaparecer en la misteriosa noche de su historia, sin haber colocado primero el epitafio de su antigua grandeza. Ah! Cuán cierto es lo que dice una muger célebre de nuestros tiempos:

Le temps n'outrage que l'homme.

Léjos los conquistadores de los patrios hogares, que es cuando se sienten las amarguras de su ausencia; separados por el piélago inmenso de corazones que latian en la playa al decirles el postrimer adios; llevando consigo un carácter de aventura, que si bien fué el tipo que caracterizó al siglo XVI, no minoraba por esto los sinsabores del ostracismo: abrumados por todos aquellos recuerdos de la patria, que repro-